

UN DÍA EN LA PIEL DE OTRO

Irene Lauría Sartre

Apenas son las cinco y media de la mañana cuando comienzan a colarse los primeros rayos de luz por la ventana. No tengo mucho tiempo antes de tener que levantarme para ir a trabajar, pero aprovecho hasta el último segundo que puedo para permanecer acostado, descansado las piernas.

No puedo evitar echar un vistazo a lo que me rodea. Lo primero que se cruza en mi mirada es mi hermana Yarah, quien apenas tiene once años de edad y se pasa los días con el Padre Julián en la escuela y jugando con sus amigas en la playa. Una tela raída de flores, que hace las funciones de cortina, llama mi atención, cada vez deja pasar más luz e ilumina mi casa. Es una vivienda pequeña y sencilla, aunque suficiente para mi madre, mi hermana y yo. Está construida a base de paneles de madera barro y ramas, como la mayoría de las casas de la favela, aunque puedes encontrar otras hechas de ladrillo y algo más grandes, como la que teníamos nosotros cuando mi padre y mi hermano mayor vivían. No era una casa mucho más bonita que en la que vivo ahora, pero al menos no dejaba pasar el agua en los días de lluvia, los cuales aquí, en la ciudad donde vivimos, al norte de Brasil, son bastante frecuentes. Cada vez que miro al techo y observo como las gotas de lluvia se filtran entre las ramas que pusimos como tejado, se me hace imposible no acordarme de aquel fatídico ocho de agosto y como, de repente, a eso de media noche, el fuego inundo la favela llevándose tras de sí la mayoría de las viviendas, a mi padre y mi hermano.

Me pongo en pie en cuanto noto que tengo los ojos vidriosos, no quiero despertar a mi familia y que me encuentren llorando, ya que a pesar de que han pasado tres años del incendio, mi madre aún no

levanta cabeza y soy yo el que tengo que ir a ganar algo de dinero. Escucho a lo lejos “¡¡¡RAPHAEEEL, RAPHAEEEL!!!”. Es el Flaco, llamándome a gritos desde la calle, me doy cuenta de lo tarde que se me ha hecho, así que me coloco rápidamente una cuerda alrededor de la cintura del pantalón para que no se caiga, y salgo corriendo.

No paro de correr hasta que llego al trabajo, es un basurero enorme situado a kilómetro y medio de la favela, donde mi amigo el Flaco y yo pasamos el día entero escarbando en la basura que diariamente los camiones traen desde la ciudad más cercana, Gamboa. A los pocos días de morir mi padre me di cuenta de que no teníamos casa, no teníamos ninguna fuente de ingresos, pero sí tres bocas que alimentar. Tardé poco en encontrar a José Ángel, un señor mayor que vivía en la ciudad, que nos contrató a mi amigo y a mí junto con decenas de chicos más que habían perdido todo lo que tenían, para buscar chatarra, joyas o cualquier cosa que terminase en el vertedero en buen estado y con la que él pudiese comerciar luego, así que dejé la escuela y me puse a trabajar. Me paso horas y horas allí metido, de pie, escudriñando entre los deshechos que la gente de ciudad no quiere, ganando una miseria por jornada que apenas nos da para malvivir y con un dolor de piernas por estar caminado todo el día, tan grande que difícilmente lo soporto.

Mientras que abro bolsas de basura y busco objetos de valor en ellas, cargo sillones bastante pesados que si se cosen pueden ser reutilizados o recojo cientos de prendas de ropa que me encuentro diariamente, mi mente no puede evitar evadirse.

Tres años antes mi vida era bastante diferente. Me levantaba mucho más tarde y mi cuerpo no se resentía por dormir sobre tablones de madera. Acudía a la escuela que el padre Julián había construido en la favela. Era un hombre honrado que se ofreció como voluntario para venir ayudar a estos lugares alejados de la mano de Dios. Dejó su pequeña iglesia en la que llevaba años, en Inglaterra, se colocó una mochila en la espalda y vino para aportar su granito de

arena enseñando a los niños, protegiéndolos y refugiándolos de las injusticias y, por supuesto, a enseñar la palabra de Dios. Yo nunca me he considerado creyente, se me hace difícil pensar que, si existiese alguien como ese ser a quien los cristianos veneran llamado Dios, permitiese el modo de “vida” que hay en estos lugares y la cantidad de injusticias que veo diariamente. Sin embargo, sí creo en la bondad y generosidad de este hombre que lo abandonó todo sin recibir nada a cambio y, sin apenas recursos, a nosotros nos cambio la vida. Llevaba apenas unos meses viviendo aquí, cuando el incendio arrasó con la favela. Don Julián no se lo pensó dos veces para utilizar el dinero destinado a la escuela para la construcción de casas, ayudando él mismo a la fabricación de estas.

De repente suena el silbato que nos avisa del final de la jornada, recojo las bolsas con los objetos recopilados... Hoy no han sido muchos, y los acerco al punto de entrega donde nos dan el dinero de la jornada, tres reales. Recorro el camino de vuelta a casa, con el Flaco a mi lado y otros compañeros que viven en nuestra misma favela. En cuanto llegamos, nos despedimos del resto y bajamos a la playa a buscar a mi hermana, suele estar en la arena sentada jugando con sus amigas o correteando detrás de una pelota. Nos sentamos en la orilla, observando como el agua limpia nuestras piernas, nos quitamos la suciedad de encima y nos sentamos a esperar a que sea de noche para volver a casa. Es mi momento preferido, puedo estar con él a solas, hablamos, comentamos las cosas que han sucedido a lo largo del día, me habla de alguna chica que lo vuelve loco, mientras lo observo con detenimiento. Al contrario que en el basurero, aquí los minutos pasan volando.

Ya es prácticamente de noche cuando nos levantamos, nos sacudimos la arena y volvemos andando a nuestras casas. Nos separamos pronto, ya que no es muy recomendable andar por esa zona a esas horas si no quieres despertar habladurías. Al llegar a casa estoy agotado, acompaño a mi hermana, que está terminando de cenar. No me ha visto en todo el día, así que me cuenta con

entusiasmo y mucha imaginación todo lo que le ha sucedido en el día. Yo sé que muchas de las cosas que me cuenta no son ciertas, pero lo prefiero así, me sirve para olvidar mi horrible vida y descansar la mente antes de tener que volver acostarme sobre los duros tablones de madera.